

Plaza pública

La solución en Baja California

► La situación y el candidato

Miguel Angel Granados Chapa

Hace veinte años, Xicoténcatl Leyva Mortera era un estudiante que provocaba la envidia de quienes, entre sus compañeros de la Facultad de Derecho de la UNAM, deseaban tripular el *Thunderbird* blanco en que aquel paseaba su condición de *junior* privilegiado. Su padre, homónimo suyo, diferenciado por el Alemán que era su segundo apellido y donde se encontraba la clave de su enriquecimiento, había hecho fortuna en la Baja California de los cuarenta, a donde llegó desde su Veracruz natal.

Ahora, Leyva Mortera es el candidato del PRI al gobierno de la entidad fronteriza. Su designación obedeció a factores diversos, como el haber coincidido, al terminar su carrera de leyes, en la Secretaría de Hacienda con un joven funcionario entonces de brillante porvenir que es hoy el Presidente de la República; o como el haber tenido dificultades en su trato con el gobernador Roberto de Lamadrid, cuando Leyva Mortera fue alcalde de Tijuana. Con todo, la relación que hubo entre éste y el ahora Jefe del estado no debió ser muy estrecha. No fue ese el ingrediente principal, al menos, del proceso en que salió designado candidato. Su caso fue distinto del de los gobernadores de Tabasco y Jalisco, en que se hizo evidente una decisión del licenciado De la Madrid con alguna anticipación a los respectivos destapamientos. En esta oportunidad, sin que hubiera un candidato *natural*, que por sus excelencias descollara entre todos, o lo hiciera al menos por sus apoyos e influencias, el procedimiento incluyó entrevistas presidenciales con los precandidatos más señalados, al cabo de las cuales se produjo la resolución. Ello implicó, según ha podido saberse, que ni el presidente del partido gubernamental, ni el secretario de Gobernación consiguieran que prevaleciera el criterio que originalmente se habían formado cada uno de ellos, si bien en sentido diverso.

Leyva Mortera será el sexto gobernador elegido en Baja California. Braulio Maldonado, que después intentaría pasarse a la oposición (fue uno de los fundadores de la primitiva Central Campesina Independiente), ocupó por primera vez la silla gubernativa en Mexicali a partir del primero de diciembre de 1953. Lo reemplazó Eligio Esquivel Méndez, quien murió poco después de completar su quinto año de gobierno (y fue sustituido por el senador Gustavo Aubanel Vallejo). Un ingeniero con escasa experiencia política, director del ferrocarril local, Raúl Sánchez Díaz, fue el gobernador diazordacista, y dejó su lugar a Milton Castellanos Everardo, que ahora insistió en ser protagonista de una sucesión diversa de la suya, en que la pesada voluntad presidencial hizo candidatos, primero, al general Hermenegildo Guerra Díaz y después al actual gobernador, De Lamadrid.

En la elección de 1959, por lo menos, el PAN se manifestó potente, o lo era la candidatura de Salvador Rosas Magallón, abogado extrañamente populista en el mar de atildados conservadores que son los miembros prominentes de Acción Nacional. Se le reconocieron entonces a ese partido unos cincuenta mil votos, lo que indicaba que en efecto la población sufragante se había volcado en apoyo del aspirante panista. Las elecciones municipales de 1968 ratificaron esa evidencia, si bien había que considerar entonces la división interna priísta que condujo a la presentación de candidatos de ese partido por el PAN. De allí que las elecciones de entonces hubieran sido anuladas, para no reconocer el triunfo, así fuera parcial, del partido de Rosas Magallón.

Ni Castellanos ni De Lamadrid tuvieron problema real en la elección, así de circunstanciales son los triunfos opositoristas o el flujo de su fuerza. Pero será distinto con Leyva Mortera. Baja California no ha sido uno de los estados más duramente castigados por la crisis y por las medidas dictadas desde el centro para enfrentarla, sin tomar en cuenta su peculiaridad. Ganará de todos modos. Pero habrá que ver cómo.